



## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA PLAZA PRINCIPAL DE CADEREITA JIMENEZ  
EN EL ANIVERSARIO DEL 5 DE MAYO DE 1862, POR EL C. PLATON  
GARCIA, ORADOR NOMBRADO POR EL AYUNTAMIENTO.

SEÑORES:

Tócame esta vez dirigiros de nuevo la palabra por el distinguido honor que se ha servido dispensarme el Republicano Ayuntamiento de esta ciudad, nombrándome orador para esta solemnidad. Ante la grandeza del asunto de que tengo que ocuparme, que en mi concepto, apenas es digno de la mas privilegiada capacidad, pues se trata nada ménos que de recordar la gran epopeya de México: al considerar las singulares dotes que son necesarias para elevarse á la altura conveniente y digna de tan gran suceso: y al fijar mi atencion en mi pequeñez y nulidad, no puedo negar, señores, que caigo anonadado, y que si no fuera por la sagrada obligacion que creo tener de corresponder al alto honor que se me ha dispensado, me escusaria con gusto y, retraido, tendria el mayor placer en dar rienda suelta á las mas tiernas y patrióticas efusiones de mi corazon, exitadas por las entusiastas palabras de otro orador, mas digno que yo de ocupar esta tribuna.

Porque no pudiendo yo elevarme á tanta altura creo que nada puedo decir que no parezca una ridícula declamacion. Pero no, señores, no declamaré: cosa es esta de que siempre he huido cuidadosamente. Procuraré decir tan solo aquello de que esté íntimamente convencido, y expresaré mis

verdaderos sentimientos, y con estas dos condiciones de decir la verdad, según mis alcances, y de espresar tan solo lo que siento dentro de mi corazón, creo que no puede haber declamación posible. Verdad es que nada diré de notable; pero al tener precisión de ocuparme en este gran asunto que llama en este momento la atención de toda la República, no me queda partido más prudente que tomar que el de limitarme á mis fuerzas; pues queriendo excederme no lograría más que ponerme en ridículo, y rebajar la magestad del asunto. Por otra parte, entiendo que sin naturalidad no hay elocuencia, que tanto necesito yo en este momento, y por esto me he resuelto á dejar salir mis palabras libremente, convencido de que si de esta manera no correspondo dignamente al honor con que se me ha distinguido, de otro modo ménos he de conseguir mi objeto. Vano empeño es el de querer hacer más de lo que se puede.

Por fortuna, señores, cuando por mi ignorancia vaya perdiendo este mi discurso el interés que siempre debería tener, cuando mi estilo vaya decayendo completamente, y llego á hacerse trivial y hasta vulgar, me queda el poderoso recurso de recordar ciertos nombres que en sí solos encierran un poema, y que, por tanto, basta repetirlos, y darlos cabida en cualquier escrito, para darle interés y elevarlo, por muy bajo que sea el nivel en que se encuentre colocado. ¡Ignacio Zaragoza! ¡5 de Mayo! nombres son estos que comprenden en su sublime laconismo todo lo que pudiera decir el más hábil orador; en donde quiera, pues, que se les dé cabida darán magestad al estilo, é interés á cuanto se diga de buena fé y con el corazón, que serán las únicas buenas cualidades de mis palabras, si es que algunas pueden tener.

\*  
\*\*

Desde que la aurora de este día se dejó ver esplendente y hermosa en el horizonte, entre celajes vestidos de oro y de nácar, saludando risueña á la República Mexicana, y

derramando por todas partes su resplandeciente luz, no sé qué magnífico encanto se ha esparcido sobre todo lo que nos rodea. Nosotros mismos en nuestro interior obedecemos á una mágica influencia que nos embriaga. Todo mexicano siente hoy palpar su corazón de contento, y apenas puede contenerlo dentro del pecho. ¿Quién de nosotros no tiene motivos bastantes para sentirse triste y afligido, ya por el fallecimiento de una persona querida, ya por el quebranto de la salud, ya por pérdidas en negocios, que ahora son muy frecuentes, ya por cualquier otro motivo de esos que nunca faltan á los hombres? Y sin embargo, apenas iluminó nuestras frentes el sol del 5 de Mayo, todo lo olvidamos, dimos treguas á nuestros pesares, y gozosos y entusiasmados hemos pasado el día, y hemos venido á agruparnos como por instinto en torno de este altar de la patria para solemnizar sus glorias. Los mismos hombres entregados á los vicios, los criminales, los revolucionarios, mas criminales aun, creo que sienten hoy una cosa que ellos no se saben explicar, y confusos y avergonzados se retiran, y no tienen valor de presentarse en esta fiesta patriótica, porque los acusa su conciencia y saben que no pueden ser admitidos; pero á ménos que sean unos monstruos, sienten también en el fondo del corazón el amor de la patria que produce en ellos crueles remordimientos.

Todos los servidores de la República suspenden hoy sus trabajos encaminados al bien público. Desde el mas humilde hasta el primer magistrado de la nación, se reúnen hoy todos en torno de la patria para solemnizar el aniversario de este día tan grande en los fastos de nuestra historia.

El ángel del patriotismo bate sus resplandecientes alas sobre la cabeza de la jóven é inesperta República, que yace todavía convaleciente de sus pasados males, y al refrescar su frente con el viento que agita, y al tocar su gran corazón, formado de los corazones de todos los mexicanos, fundidos por el fuego de un solo sentimiento, el patriotismo, le ayuda á desechar su postracion: al manifestarle á sus hijos

reunidos hace á un lado su abatimiento, y se levanta erguida, se adorna con sus mas ricos vestidos de gala, y tiene fé en el porvenir, y tiene confianza en que han de venir dias de ventura y de prosperidad.

El mismo Dios, señores, (El se sirva perdonarme si empleo su augusto y sacrosanto nombre con ménos oportunidad de la que debiera) el mismo Creador y Señor de todas las cosas, desde su alto y magestuoso trono de misericordia y bondad, á través del firmamento de estrellas que le sirve de brillante pavimento, dirige una mirada de bondadosa ternura, infinita como todo lo que á El pertenece, sobre la República, y se complace en ver su alegría patriótica, y le inspira todas las virtudes, y bendice y confirma los esfuerzos patrióticos de sus hijos. Porque sin sentimientos patrióticos no puede existir la patria, y sin patria no puede haber sociedad, y sin sociedad apenas pueden concebirse la existencia y mejoramiento del individuo.



El 5 de Mayo de 1862 y el 16 de Setiembre de 1810 son los dos grandes dias de la patria, y sus nombres se encuentran escritos con letras de oro en las páginas brillantes de nuestra historia. Su recuerdo solo es bastante para inspirar las grandes acciones, y para fundir nuestros corazones con el fuego del amor patrio. Verdad es que en ellos no se hizo mas que colocarse, si me es lícito espresarme así, el primer eslabon de aquella cadena de males y sufrimientos y zozobras que no vinieron á terminar sino muchos años despues: verdad es que en estos dias lo único que se hizo fué tirar el guante á nuestros dominadores en la primera época, y á los que querian de nuevo encadenarnos en la segunda; verdad es todo esto; pero tambien lo es que al lado de aquella pavorosa cadena de males y sufrimientos, se colocó tambien por los héroes de estos dias el principio de la brillante cadena de glorias nacionales y de victorias,

en donde se registran actos de valor inaudito y de sublime abnegacion, de tantos y tantos héroes que siguieron el camino de gloria trazado por aquellos primeros caudillos; cadena cuyo último resplandeciente eslabon fué el triunfo de Querétaro en Mayo de 1867, que afirmó las instituciones, aseguró para siempre la independendencia de la República, y le dió el prestigio y honra de que goza ante todas las naciones.

Hidalgo y Zaragoza son los dos héroes predilectos de la patria, porque iniciaron su independendencia en dos épocas distintas, si bien íntimamente enlazadas entre sí, y esto es lo mas difícil, y para lo que se necesita mas abnegacion. Porque tiene mas dificultad y es mas meritorio comenzar y hacer aquello que bien se podía evitar con solo querer, que el dejarse arrastrar, si bien con abnegacion y entereza por la impetuosa corriente de una revolucion que ya no se puede detener; y por esto es que aunque México cuenta entre sus hijos tantos y tan preclaros héroes, dignos por mil títulos de la consideracion de sus conciudadanos, á nadie vé con mas predileccion que á estos dos caudillos de la primera y segunda independendencia. Al recordar sus glorias que son sus propias glorias, olvida todos sus pesares por un momento, y quiere que todos sus hijos contemplen á aquellos gigantes de la patria, á aquellos colosos entre los héroes para que admiren su heroismo y fortaleza, y procuren imitarlos en cuanto sea posible.

El 5 de Mayo de 1862, es el glorioso complemento del 16 de Setiembre: grande como es esta última fecha, y de tan gran significacion, las glorias que en ella se contienen hubieran quedado estériles para la patria, como lo estuvieron por mucho tiempo, si no se hubiera inscrito en el firmamento de ella el glorioso y sublime ¡5 de Mayo!; fecha memorable en la que se afirmaron nuestras instituciones amenazadas por las naciones europeas, y se colocó sobre firmísimo cimiento la independendencia de la República que hasta entonces siempre habia sido atacada de un modo ú otro, con vanos pretextos. De esta fecha, escrita con ca-





acteres indelebles en el corazon de todos los mexicanos, datan la respetabilidad del gobierno en el interior, y la moralidad del pueblo; así como la consideracion y crédito de que goza la República entre las naciones extranjeras.

\*  
\*\*

Y para convencernos completamente de ello, conciudadanos, contemplad conmigo el hermoso cuadro que se acaba de desarrollar á nuestra vista. Bien sabido es que antes de ahora, todo revolucionario que con un pretesto cualquiera levantaba una bandera, proclamando el primer plan que se le presentaba, para medrar á su sombra, si no salia avante en sus inicuas pretensiones, podia sí estar seguro de causar males sin cuento á la República, y de poder prolongar indefinida é impunemente sus depredaciones.

Despues de tres años de paz, no hace mucho tiempo, vimos con sorpresa, y casi con temor, que unos cuantos descontentos enarbolaban el estandarte de la rebelion, pretendiendo cambiar el personal del gobierno. Era de temerse, segun la historia de nuestras revueltas anteriores, que esta hubiera tomado cuerpo, auxiliada, como estaba, por una pequeña fraccion del ejército que se le habia adherido y que, puesta á su frente, la dirigia, y apoyada por todos los descontentos que, como siempre y en todas partes, no dejaban de abundar.

Se temia ya que hubiera una conflagracion general, tremenda y espantosa.

Pero nada de esto sucedió: la República entera como un solo hombre, estrechó entre sus potentes brazos de hierro al monstruo revolucionario que quedó postrado en tierra, y de un solo tajo cortó sus cien cabezas que ya no pudieron reproducirse, y diseminados aquí y allá, quedaron por algun tiempo convulsas y agonizantes hasta que por fin exhalaron el último aliento. Así fué en efecto: algunos gefes revolucionarios se han escapado solos. Los más afortunados

Después de desesperados esfuerzos, se han visto precisados á disolver sus fuerzas, autorizando á sus pequeños restos, ya diseminados, para que hagan la guerra en guerrillas, según ellos dicen, pero en realidad para hacer lo que no tengo necesidad de deciros, porque todos lo sabeis muy bien.

Todo concluyó: hemos vuelto á quedar en paz; y si tan pronto y tan satisfactorio resultado se ha obtenido, sin duda ha sido porque hemos entrado en una nueva era: porque la moralidad en los ciudadanos ha ganado terreno, y esto indica también que la autoridad ha adquirido mayor prestigio y fuerza, y que no será ya burlada por unos cuantos descontentos: y al ver que esto no sucedía, sino que, al revés, se veía todo lo contrario, antes de la memorable fecha, cuyo aniversario solemnizamos hoy, razón he tenido para decir que estos bienes datan desde entonces, y son el resultado de las glorias adquiridas en aquella fecha.

He dicho que todo ha concluido y es la verdad: Lo habéis visto, conciudadanos; una partida de esos que se llaman pronunciados vino á Linares á cometer sus acostumbradas depredaciones, y bastó la presencia del primer jefe del Estado al frente de la Guardia nacional, y la firme resolución manifestada de no consentir más desórdenes, para que dicha partida se retirase desmoralizada y escarmentada. Todo esto fué como los últimos movimientos convulsivos de un agonizante; que por precisión tienen que ser desesperados; fué el último estertor del monstruo revolucionario.

Y si estos grandes bienes se han conseguido en el interior, no fueron menores el crédito, honra y consideración de que fué objeto la República ante las naciones extranjeras. No tendré el atrevimiento de tocar, ni aun superficialmente, las grandes cuestiones diplomáticas que están íntimamente enlazadas con esta consideración: esto excedería mucho á mis fuerzas. Tan solo recordaré un hecho muy reciente y que acaba de ser publicado en las columnas del "Periódico Oficial." Un personaje influyente y de gran consideración en los Estados Unidos, ha trabajado desde hace tiempo para conseguir de los altos funcionarios de

nuestra República, seguridades para emprender grandes é importantes mejoras materiales en nuestro territorio, por medio de compañías americanas. Conseguido lo que deseaba, se ha dirigido al Congreso de la República vecina, pidiéndole que se sirva hacer una declaracion formal, manifestando en ella la confianza que tiene en el buen éxito de las empresas que pudieran llevarse á cabo en México, bajo la base de su propia autonomia, á fin de que dicha declaracion sirviese de segura garantía á los empresarios, y les quitase todo motivo de vacilacion. Y al fin se hizo la declaracion como se deseaba.

Con este auxilio, pues, dentro de muy poco tiempo veremos emprëndidas grandes mejoras materiales en toda la República, que convertirán su vasto territorio, á la vuelta de pocos años, en una inmensa red de ferrocarriles y de canales para la navegacion, que asegurarán para siempre nuestra prosperidad y engrandecimiento. Un banco nacional, y alguna otra mejõra que ni aun con la imaginacion puedo alcanzar, completarán esta colosal empresa del engrandecimiento de México, quedarán abiertas las fuentes todas de prosperidad nacional, de donde brotarán abundantes raudales de riqueza y de bienestar, que se derramarán benéficos sobre todas las clases de la sociedad mexicana.

Si con esto se nos presenta un porvenir tan halagüeño, sin duda es debido al gran crédito que adquirió la nacion al mostrarse tan digna el 5 de Mayo de 1862, desafiando ella sola el gran poder de una de las principales naciones de Europa, y al defender heroicamente sus instituciones y su independencia. Si esto no hubiera sucedido, si la nacion no se hubiera manifestado en esa vez tan celosa é intrépida para defender sus derechos, hoy seriamos objeto del desprecio de los americanos, y no pretenderian venir á auxiliarnos para la realizacion de las grandes mejoras de que acabo de hablar. Estimarian mas, en este supuesto, un pedazo de tierra de nuestro territorio, que á todos los mexicanos juntos; y podrian, sí, pensar quizá en emprender algo en México; pero esto seria eliminándonos á nosotros,

á costa de nuestro honor, y procurando hacernos todo el mal posible, para echársenos encima en el tiempo oportuno, y absorvernó en aquella gran nacionalidad.

Una esquisita susceptibilidad patriótica, y una desconfianza en otras ocasiones, tal vez muy fundada, podrían hacer sospechar que aquí se oculta algún astuto ardid, para intervenir despues en nuestros negocios y hacernos la guerra y absorvernó con el pretexto de venir á defender sus intereses. Si me es lícito manifestar mi opinion en este grande y difícil asunto, diré francamente que no creo que sean fundados semejantes temores, porque los americanos no necesitan pretextos, y si los necesitan, de seguro que no les habian de faltar para poner en planta todos sus proyectos de desmedida é injusta ambicion, y aun para intervenir en nuestros negocios y hacernos la guerra, siempre que tal cosa en gana les viniere. Agregaré tambien que estos grandes intereses creados en México, si bien pertenecientes á estrangeros, serian mexicanos: que en ellos alguna parte habian de tener nuestros nacionales; que atraerian mucha inmigracion, cuyos individuos con el tiempo se harian mexicanos. A todo esto allégase tambien que estos intereses nos servirian de escudo en caso de una diferencia con la República vecina, que en ningun caso tendria voluntad de venir á destruir ó á perjudicar los intereses que sus nacionales hubieran creado: y en fin, podré decir tambien que todas estas mejoras darian fuerza y engrandecimiento á nuestra patria, la harian prosperar notablemente, hasta ponerse en estado de poder contrariar las injustas exigencias que pudieran ponerse en juego contra ella, y aun de resistir con buen éxito, en caso de que se hiciese uso de la violencia..

\*\*\*

Antes de concluir permitidme os dirija algunas palabras para inflamar vuestro patriotismo, y para excitar y abnegacion. Al reunirnos en este lugar para recordar las he-

—12—  
tónicas hazañas de Zaragoza: al considerar los grandes bienes que por ellas México ha conseguido; al contemplar á la Patria coronada con la esplendente diadema de glorias que los héroes han sabido conquistar; ante este sublime espectáculo, debemos olvidar todos nuestros resentimientos, si por acaso algunos existen entre nosotros: no debemos venir á profanar esta fiesta patriótica con sentimientos egoístas.

Debemos abstenernos de dirigirnos inoportunas é injustas inculpaciones: no debemos tratar de fomentar una imaginaria distincion de clases entre nosotros, que seria absurda y hasta contradictoria, segun nuestro sistema de gobierno. Al considerar que segun el espíritu de nuestras instituciones todos somos iguales ante la ley, y que no hay mas distincion que la que producir pueden los méritos en el servicio de la patria, y el talento y la virtud, ese anhelo que en algunos se manifiesta de señalar una línea divisoria entre ciertas imaginarias clases, apenas puede explicarse por el deseo immoderado que tienen de sobreponerse á los demas, y de formar una clase, en una República en donde no puede existir, en beneficio propio. Si algunos pudieran pretender esto, serian los héroes que han prestado tantos servicios á la patria; pero como tienen verdadero mérito siempre han sido modestos, y nunca han pretendido exaltarse con humillacion de sus conciudadanos. Tales pretensiones solo las abrigan los que no tienen verdadero mérito.

Debemos tambien tener abnegacion. Si hemos sido objeto de algun menosprecio público; si hemos sido víctimas de alguna, que á nosotros nos parezca, injusticia de la autoridad; si por ello hemos sufrido alguna humillacion; si con este motivo se han suscitado algunas divisiones entre nosotros, han surgido algunas enemistades y diferencias, buena ocasion es esta, por cierto, para olvidarlo todo, considerando que los que representan la autoridad, como hombres que son, están expuestos á errar, y que en el cúmulo de negocios que tienen que resolver, les es mas fácil quizá que á otro, cualquiera el equivocarse; pero que siempre debe suponer-

de buena intencion cuando no conste lo contrario, y que de todos modos y en cualesquiera circunstancias, merecen nuestro respeto, y sus disposiciones deben ser acatadas, porque deben suponerse puestas y dictadas por el bien público. No hay temor de que en nuestros gobernantes falte ni la recta intencion y justificacion debidas, así como las luces suficientes: fijamos la atencion en que la República está al frente de nuestros destinos uno de los principales héroes de la segunda independencia y de la democracia, y en el Estado un caudillo que ha prestado tantos y tan importantes servicios y que ha adquirido no pocas glorias para la patria.

Grande mortificacion me causa el tenerme que expresar de este modo respecto de personajes que aun existen y que se encuentran en puestos muy elevados, porque podria parecer, lo que está muy lejos de mi intencion, esto es, que trato de adularlos; pero siempre que se presenta la oportunidad es necesario decir la verdad y ante esta necesidad, puedo y debo muy bien hacer el sacrificio de mi amor propio, que con este motivo pudiera ser herido; puedo y debo correr el riesgo de que se me tenga por adulator.

Pero me he distraido de mi objeto: decia, señores, que en este dia y en tan gran solemnidad debemos olvidar nuestros resentimientos y humillaciones. Yo de mí sé decir que si en tál caso me encontrase, seria el primero en presentar mis humillaciones y el menosprecio que de mi persona se hubiera hecho, como una humilde ofrenda ante el altar de la patria: haria con gusto el sacrificio de mi amor propio. Dejémosnos de mezquindades, conciudadanos, hagámos á un lado ruines y egoistas pasiones, y unámonos en un solo sentimiento, el amor de la patria; para solemnizar dignamente este aniversario. Solo así seremos dignos de concurrir á esta fiesta de la gran familia mexicana.

Zaragoza adquirió grandes y esplendentes glorias, tuvo sin duda grandes sufrimientos, pues ningun hombre, por grande que sea, está exento de ellos; y presentó las primeras para que, como preciosísimo florón, sirviesen de rico

adorno en el altar de la patria, y en él tambien depositó sus sufrimientos como buen hijo de México. Zaragoza, con tantos méritos, hizo todo esto; y nosotros con muy pocos ó ningunos, ¿no podremos presentar siquiera el pequeño sacrificio de nuestro amor propio, muchas veces ofendido por mera susceptibilidad? Tengamos siquiera este pequeño mérito,

\*\*  
\*\*

Una sola palabra para concluir.

Ya lo he dicho y lo vuelvo á repetir: sin patria no hay sociedad posible, ni ninguno de los bienes que proporciona, y sin sociedad apenas puede concebirse la existencia y mejoramiento del individuo; acompañadme, pues, en una ardiente aclamacion á nuestra patria: *¡Viva la República Mexicana!* Pero es preciso tambien aclamar á aquel que afirmó nuestras instituciones amenazadas por la Europa, y que dió un sólido asiento á la independencia nacional: acompañadme, pues, en esta otra aclamacion: *¡Viva el bendado Ignacio Zaragoza!* Menester es no olvidar, y antes recordar con gratitud los servicios de aquel que supo sacar tan buen partido de los sacrificios que en todas las distintas épocas se han hecho, y que no permitió que ninguna gloria quedara estéril; en fin, de aquel que ha consumado la felicidad de la República: decid, pues, conmigo: *¡Viva el C. Benito Juárez!* Una última aclamacion es necesaria. Poco hubiera podido hacer el primer Magistrado de la nacion, si no se hubiera visto eficazmente auxiliado y secundado por tantos y tan dignos gefes que con su valor y abnegacion adquirieron un mundo de glorias para la República. De nuevo, pues, decid conmigo: *¡Vivan los ilustres gefes que combatieron en la guerra de intervencion!*—Dije.

